



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La filosofía como instrumento de comprensión interamericana

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1987). La filosofía como instrumento de comprensión interamericana. *Cuadernos Americanos*, 3(3), 129-139.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año I, núm. 3, (mayo-junio de 1987).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA FILOSOFÍA COMO INSTRUMENTO DE COMPRESIÓN INTERAMERICANA

Por *Leopoldo ZEA*
PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD
INTERAMERICANA
DE FILOSOFÍA

EN las sesiones plenarias del XI Congreso Interamericano de Filosofía se hizo expresa la relación que guardan entre sí los diversos puntos de vista que en el campo filosófico tienen sus representantes en Canadá, los Estados Unidos y la América Latina. De esta relación habrá de derivarse la posibilidad de tales filosofías como instrumento de comprensión interamericana. Por un lado, el pluralismo que acerca los puntos de vista canadienses y latinoamericanos, por el otro, el logicismo sostenido por los filósofos estadounidenses participantes en el Congreso, que es la visión propia del filosofar de una nación preocupada por mantener el orden científico y social, adecuado al centro de poder del sistema del que es expresión. Por encima de esta diversidad ha habido diálogo, puentes de comprensión entre estas posturas. Los filósofos estadounidenses no se refirieron directamente al filosofar en América Latina. Lo hicieron indirecta, triangularmente, al manifestar sus críticas a las más recientes expresiones de la filosofía en Europa, entre ellas, a la filosofía francesa de la que es figura estelar Jacques Derrida y la Escuela de Frankfurt y sus derivaciones. Hilary Putnam y Richard Rorty calificaron a estas filosofías de relativistas, y criticaron la relación que pretenden guardar las mismas con lo político y lo social. La filosofía propiamente dicha es considerada extraña a toda relación ideológica, política y social. Precisamente son éstas las mismas críticas que se han hecho y hacen en Latinoamérica a quienes pretenden contaminar lo que se considera el auténtico discurso filosófico, reclamando la mayor asepsia, desinfección y limpieza de todo lo que pueda ser ajeno a un discurso estrictamente lógico. Los estadounidenses hicieron críticas del llamado relativismo europeo, de la misma forma en que se han hecho críticas en Latinoamérica a quienes afirman la existencia de un filosofar propio de la región originado en su peculiar realidad.

Este filosofar, en Europa y América Latina, debe ser más bien calificado de pluralista, que no de simple relativismo. Recordemos cómo al terminar la Primera Guerra Mundial, la filosofía hizo expreso un relativismo del que fue máximo exponente Oswald Spengler en su *Decadencia de Occidente*. Allí se habló de la cultura occidental como la última gran protagonista de la historia universal, destinada como todo organismo vivo a morir. Frente a ella estaban otras culturas aún naturales y bárbaras en Asia, África y América. Culturas amenazantes que, como aves de rapiña, se apresaban a devorar los restos de la cultura herida de muerte. Relativismo, pero como todo relativismo excluyente: una cultura en agonia frente a otras culturas apenas en crecimiento. La segunda posguerra ha dado origen en Europa a un filosofar crítico de la filosofía como discurso magistral, sosteniendo frente a él un discurso múltiple en el que se hagan expresos todos los pueblos de la tierra. El nuevo filosofar europeo reconoce la existencia de otros discursos al lado del propio. Algo más que relativismo, pluralismo. Este filosofar, lejos de mostrarse pesimista respecto al propio futuro, se muestra optimista, proponiendo la elaboración de un gran discurso, no ya otro discurso magistral, sino un discurso que sea expresión de la capacidad de comprensión que entre sí han de guardar los múltiples discursos del hombre a lo largo del planeta. Ya no sólo el *logos*, sino el diálogo como instrumento de posibilidad de un gran discurso filosófico auténticamente universal. Filosofar que coincide con el ya viejo filosofar latinoamericano, empeñado en alcanzar la universalidad a partir de la propia e ineludible identidad, de la peculiaridad de sus expresiones.

La filosofía europea, objeto de la crítica de la filosofía estadounidense, trasciende el relativismo al tomar como punto de partida el pluralismo de las expresiones de lo humano. Este punto de partida es expresión de la conciencia que de su actual y propia marginación ha tomado Europa. Europa, la gran marginadora de la historia, toma ahora conciencia de la relación marginal que guarda con un nuevo centro de poder, al occidente de sus límites, los Estados Unidos. En varias ocasiones, en Europa se ha hablado con pena de esta conciencia de marginación que la acerca a la vieja toma de conciencia de marginación latinoamericana. Esto es "algo nuevo e insoportable para nosotros, dicen, algo que los latinoamericanos sufren hace mucho tiempo, por lo cual ya deben estar acostumbrados". "Nunca nos acostumbraremos, se les contesta, por ello nos enfrentamos una y otra vez a esa situación". Esta conciencia, en Europa, fue agudizada por el secuestro del Achille Lauro en el Mediterráneo y la actitud prepotente del gobierno de los Es-

tados Unidos frente a Italia. "¡Ahora, decía un pensador italiano, los europeos tendremos que asumir conscientemente que no somos sino una Colonia de los Estados Unidos!".

La filosofía en Europa, como en América Latina y en los Estados Unidos, sigue expresando la realidad de la que se originan sus elucubraciones. De allí las severas críticas de la filosofía europea a la que aquí nos referiremos, a las viejas y nuevas expresiones filosóficas de dominio. Crítica y denuncia de tales expresiones para afirmar un nuevo discurso múltiple, y como tal, respetuoso de las diversas expresiones de lo humano. Búsqueda de un discurso auténticamente universal, uno y múltiple, como expresión del diálogo que comprende y no simplemente la palabra que dicta. Pluralismo, no simple relativismo. De las coincidencias entre el pluralismo filosófico europeo y latinoamericano y de su importancia para el futuro de la filosofía habló Evandro Agazzi, Secretario General de la Federación Internacional de la Sociedad de Filosofía, en su conferencia "La comunidad filosófica, qué puede esperar de la filosofía latinoamericana".

El problema que se plantea aquí se refiere a la posibilidad de la filosofía en América como instrumento de comprensión interamericana y mundial. La comprensión que han de alcanzar los hombres y pueblos de la región a partir de su propia y peculiar expresión. La búsqueda del sentido unitario de América, sin menoscabo de sus ineludibles y múltiples peculiaridades, como punto de partida de una comprensión que ha de ser total, esto es, universal en el mejor sentido de la palabra. Aquí, por razones obvias, se hacen repetidas referencias al filosofar europeo contemporáneo y pluralista del que hablamos. La pregunta se plantea diciendo ¿es posible una filosofía horizontal de comprensión que rebase la vieja filosofía vertical de dominación?

La filosofía, desde sus lejanos orígenes en Grecia, se planteó una pregunta aparentemente abstracta: la pregunta sobre el Ser en general. Pregunta sobre el ente de entes, que dé sentido a los múltiples entes que forman la realidad. Una pregunta que no es abstracta sino concreta, hecha directamente al único ente capaz de darle respuesta: el hombre. El hombre, como el único ente que puede contestar a la pregunta de cuya respuesta depende la existencia misma del propio interrogador, del hombre mismo. El hombre es el único ente que interroga y da respuesta a los problemas que se le plantean, en su ineludible relación con otros entes como lo son la naturaleza y los otros hombres. La pregunta por el Ser es una pregunta que hace un peculiar y concreto ente en relación con otros entes. Pregunta ontológica que se hace a sí mismo el hombre

y que al darse respuesta, afirma, da seguridad a su propia y peculiar identidad.

El hombre es un ente que se sabe expuesto al cambio que la naturaleza impone a todos los entes, pero expuesto también a la cosificación de los otros hombres. En el interrogante se busca la respuesta que permitirá trascender el cambio impuesto por la naturaleza y la cosificación de los otros. Se pregunta por el ente de entes, esto es, por el ente que está por encima de todo y, por estarlo, es también conocedor del orden que determina el cambio de la naturaleza y, dentro de la naturaleza, el del hombre mismo en su relación con otros hombres. Es la pregunta sobre el orden natural, pero también sobre el orden de las sociedades. De esta forma, el que interroga busca afirmarse frente a la naturaleza y frente a sus semejantes; éstos, en la respuesta, pasan a ser parte de la misma naturaleza cuyas leyes conoce. El que interroga es un ente peculiar, concreto, que busca trascender su limitada concreción a través del conocimiento, del *logos*. Trata de captar el Ser en general expresado por el *logos*. El *logos* o razón que pondrá a su poseedor por encima de todo. Esto es, por encima de la naturaleza y de los otros hombres. El que posee plenamente el *logos* y sabe utilizarlo sabe tanto del orden de la naturaleza como del orden de la sociedad creada por los hombres. De allí que se acabe sosteniendo, en los mismos orígenes de la filosofía, como lo hace Platón, la necesidad de que los filósofos sean reyes o los reyes filósofos. Aristóteles consideraba a su vez natural que mande el más sabio sobre el menos sabio. La razón, el *logos*, rige el Cosmos, está por encima de todo. La razón, decía Aristóteles, la posee plenamente Dios; pero también el hombre que la tiene, aunque limitada, y por ello, quien la posee es el ente más cercano a lo divino.

La razón no es sólo privativa de un hombre, ella es parte de la naturaleza de todos los hombres. El hombre es un animal racional; por ello lo esencial al hombre es la razón. La razón que se encuentra inserta naturalmente en el hombre. Pero el hombre es también *hibris*, intemperancia, concupiscencia, lo cual lo hace semejante al animal. La *sofrosine*, la sabiduría, es la que hace al hombre plenamente hombre, al triunfar sobre la *hibris*. Entre los hombres, es el filósofo el que más cerca está, por la razón, de su máxima expresión, Dios. El *logos* resulta así ser el más extraordinario instrumento de poder. De poder sobre la naturaleza y sobre los hombres, en especial sobre aquellos que aún no dominan su *hibris*. La filosofía contemporánea viene ya precisamente denunciando el carácter totalitario del filosofar expresado a lo largo de la historia.

El filósofo francés Michael Serres sostiene que "La racionalidad de un sistema de orden dado, ya se le tome desde el punto de vista político, social, económico, de hecho desde cualquier punto de vista, es la racionalidad de cierto poder, o para decirlo de otro modo, la racionalización del poder". Ha sido la justificación racional del despotismo, desde *La República* de Platón a la *Filosofía de la Ilustración*. Max Horkheimer y Teodoro Adorno, en la *Dialéctica del Iluminismo*, denuncian, igualmente, el carácter totalitario de la filosofía y del *logos* que la expresa. "El saber, que es poder, dicen, no conoce límites, ni en la esclavización de las criaturas ni en su fácil aquiescencia a los señores del mundo. Se halla a disposición tanto de todos los fines de la economía burguesa, en la fábrica y en el campo de batalla, como de todos los que quieran manipularlo, sin distinción de sus orígenes". "Lo que los hombres quieren aprender de la naturaleza es la forma de utilizarla para lograr el dominio integral de la naturaleza y de los hombres". Francisco Chatelet dice: "Para ser más precisos, ¿no es hora acaso de comprender (por lo tanto de reconocer), que en el fondo toda filosofía pasada siempre estuvo más o menos vinculada al discurso del amo y resulta que nuestros ancestros filosóficos, pese a algunos despropósitos, no hicieron más que expresar (si no repetir, ampliar) ese discurso *magistral*?" La denuncia del *discurso magistral*, que pareció esencial a la filosofía, es el punto de partida de la afirmación de otra actitud, lo que la filosofía constataría llama "el derecho al discurso". Esto es el derecho a expresar el propio discurso, el de los múltiples hombres que forman la humanidad. Es la afirmación de un filosofar en las antípodas de las filosofías magistrales. La afirmación del peculiar filosofar del hombre, de cada hombre en concreto, en una relación ya no vertical de dependencia sino horizontal de solidaridad.

Este filosofar parte de otra interpretación del *logos*. *Logos* es razón, esto es, capacidad para comprender y hacerse comprender; por ello es también *palabra* que permite expresarse y, al expresarse, hacerse entender, comprender. El *logos* es al mismo tiempo razón que comprende y palabra que se hace comprender. En este sentido no puede existir un *logos magistral* que diga o dicte, pura y simplemente, y al decir o dictar se haga obedecer. El hebreo hace del verbo, de la palabra, un instrumento creador. En el principio era la nada, dice la Biblia, pero Dios *dijo* hágase esto y se hizo. En la cosmología de Hesíodo, se dice que en el principio era el caos, el desorden, pero fue la palabra la que ordenó, definió, la que a cada cosa le dio un lugar. Es la palabra divina la que pone orden en el caos, creando el cosmos. Aquí la palabra o *logos* tiene un

sentido totalitario. *Logos*, como razón y palabra, son aquí expresiones de dominio total.

Por el contrario, la palabra o *logos* como comprensión, no sólo comprende, también se hace comprender en una relación distinta de la del dominio, por el diálogo; diálogo es el *logos* que relaciona a los entes racionales. Es este filosofar, precisamente, el que nos permite plantearnos el problema de la Filosofía como instrumento de comprensión interamericana y universal. Ello implica el reconocimiento de otros discursos, además del propio, el reconocimiento de lo que hace igual a un hombre a otros hombres. Ya no el *logos* como instrumento de manipulación de otros hombres, considerándolos parte de la naturaleza que es menester dominar.

En América, en sus diversas regiones, parece serle peculiar este otro filosofar. Es la filosofía ya expresada en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, que es un alegato filosófico del derecho de los hombres al propio discurso. "Sostenemos como verdades evidentes —dice la Declaración— que todos los hombres nacen iguales; que a todos les conviene su creador, ciertos derechos inalienables entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos, los hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno tiende a destruir estos fines, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla y a organizar sus poderes en aquella forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y felicidad". Se afirma aquí el derecho de todos los hombres a expresarse en una relación de igualdad con otros hombres. Es el reclamo filosófico de una nación marginal, dentro del discurso magistral, reclamando el derecho al propio discurso. El discurso propio frente al centro de poder imperial. El *logos*, como expresión de poder absoluto es enfrentado por un *logos* múltiple que reclama su derecho a expresarse. La afirmación del discurso del nómada, del que está fuera del centro de poder, dice la filosofía francesa a que nos hemos referido. Es un filosofar subversivo, contrario a la institucionalización del saber; es el filosofar del nómada, contrario a la institucionalización o civilización del *logos*. "La actividad actual de la filosofía va en sentido de una nomadización del pensamiento". En Europa, se agrega, la filosofía sufrió varias sacudidas, "la más violenta, y muy probablemente la más decisiva, sería la que hizo añicos la omnipotencia del *logos*. La palabra se "liberó", porque cada quien se apoderó del "derecho al discurso". Aparentemente se regresa al caos original, pero en realidad con las múltiples expresiones del *logos* y las múltiples palabras que lo expresan, conciliadas a través de

la comprensión, se va formando un nuevo cosmos. Es ésta la preocupación que se manifiesta en América dentro de un filosofar semejante al expresado.

Pese a ello, el *logos*, hecho para comprender y hacerse comprender, el *logos* como razón y palabra, sufrirá nuevas mutaciones y con ellas las justificaciones de dominio que lo conducirán a una nueva afirmación del *logos* como poder, como palabra o discurso magistral. En 1789, se produce en Francia una revolución y con ella la afirmación del discurso múltiple de los hombres que la hacen: la afirmación de los derechos del hombre a partir de la igualdad que entre sí guardan todos los hombres. Afirmación que tiene fuente en el racionalismo cartesiano que ya afirmaba el derecho del hombre a expresarse a través del discurso que le es propio. Se reconoce aquí la igualdad de todos los hombres por la razón. Es la razón o discurso lo que iguala a los hombres entre sí. Pero esta razón o discurso acabará también trascendiendo a su portador, al hombre. "Todos los hombres son iguales por la razón o buen sentido", dice Descartes, "pero distintos entre sí por sus accidentes". Lo accidental es, precisamente, lo que concretiza al hombre, lo que le da individualidad, lo que lo hace peculiar en relación con otros hombres; etnia, educación, posición social, etcétera. Lo que iguala a los hombres entre sí es la razón. Lo que los distingue es su peculiar biografía, la propia de cada hombre, así como su origen racial y cultural. La razón es aquí lo esencial y ella está por encima de las múltiples peculiaridades de los hombres, que lo son gracias a ser racionales. Lo que distingue a unos hombres de otros, se agrega, es el habitáculo de la razón; el lugar donde la razón se encuentra inmersa, el cuerpo y la circunstancia que Descartes considera accidentales. Pero serán justamente este habitáculo y esta circunstancia los que determinen la situación del hombre en su relación con otros hombres. El buen o mal uso de la razón depende, precisamente, del habitáculo y circunstancia en que esa razón se encuentre. Los hombres son iguales entre sí por la razón, pero distintos por su capacidad para el buen o mal uso de la razón. Será distinto el hombre blanco del negro, el rico del pobre, el civilizado del bárbaro que, aún en posesión de la razón, están limitados para su uso. Lo esencial en esta distinción no descansa ya en la razón que iguala, sino en lo accidental, lo que singulariza, lo que concretiza, en lo peculiar, que determine el buen o mal uso de la razón. Todo lo cual dará origen a una nueva justificación para la discriminación y para una nueva forma de dominación, el colonialismo. El colonialismo al que se enfrentó la Revolución estadounidense en 1776, afirmando el derecho al discurso propio.

Sin embargo, será a partir del éxito alcanzado que la nueva Nación haga del discurso regional un nuevo discurso magistral. Discurso magistral que tendrá que ser acatado por los pueblos que pretendan ser naciones independientes. Será a partir del propio discurso estadounidense, hecho magistral, que se determine la validez de otros discursos. Así, el discurso libertario propuesto por Descartes se transforma en un nuevo discurso totalitario tanto en Europa como en los Estados Unidos. En nombre de la razón democratizadora, se impondrán nuevas formas de dominio colonial y neocolonial tal y como lo denuncia la Escuela de Frankfurt, al analizar la Filosofía de la Ilustración, trasfondo de dos grandes revoluciones, en los Estados Unidos y Francia. Los Estados Unidos libres disputarán a Europa el derecho a hacer del propio y singular discurso un discurso totalitario, imperial. El neocolonialismo se justifica así filosóficamente para ocupar el vacío de poder que dejará el colonialismo europeo en el mundo.

América, no lo olvidemos, entró a la historia de Europa bajo el dominio de un *logos* magistral. El *logos* que expresó en toda su dinamicidad y potencia Hegel. Hablando Hegel de la América, expresó: "Lo que hasta ahora acontece allí no es más que el eco del viejo mundo y el reflejo de ajena vida. Mas como país del porvenir, América no nos interesa, pues el filósofo no hace profecías. En el aspecto de la historia, tenemos que habérmola con lo que ha sido y con lo que es. En la filosofía, empero, con aquello que no sólo ha sido y no sólo será, sino que es y es eterno: la razón. Y ello basta". Recién descubierta América, Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas disputan sobre el ser, la humanidad del indígena. Para el primero, el indígena era sólo un homúnculo, algo menos que hombre, un hombrecillo; un ente de razón limitada y, por ello, destinado a obedecer a quienes son portadores de la razón por excelencia. Destino que se extenderá a todo nacido en la región, cualquiera que fuese su origen racial y cultural. Todo el Continente es visto como inferior frente al Viejo Mundo y sus hombres. La flora y la fauna, nos dicen Buffon y De Pauw, son también inferiores; su gente es corta de inteligencia por nacimiento o por atrofia. La Declaración de Independencia de los Estados Unidos fue, precisamente, la primera refutación a esa limitada concepción del hombre. Lo paradójico ha sido que los mismos Estados Unidos que reclamaron su derecho al propio discurso, negasen el mismo a los indígenas con los que se encontraron y después a sus vecinos al sur del Continente y a otros pueblos de la tierra. Gente inferior, nómada, incapaz de imponer su señorío a la naturaleza que debe estar a su servicio. Gente que

por ser así puede y debe ser desplazada o sometida al hombre por excelencia. Se afirma como modelo de humanidad, el propio y como modelo de sociedad, también el propio. Los Estados Unidos enarbolan la bandera de la democracia y la libertad, pero se limitan a la propia y exclusiva libertad y democracia en nombre de las cuales intervienen sobre otros pueblos para supuestamente obligarlos a ser libres y a democratizarse, pero de acuerdo con un modelo impuesto. Se olvida lo establecido en la propia *Declaración de Independencia*: "que son los hombres los que instituyen gobiernos que derivan de sus justos poderes". Se hace así patente una nueva y poderosa expresión del discurso magistral, y con ella el supuesto derecho de esa nación a imponerlo.

Volvamos a Descartes, quien sostenía que los hombre son iguales entre sí por la razón o el buen sentido, pero distintos por el buen o mal uso de la razón. El buen o mal uso de la razón, anticipábamos, depende de la contextura racial y de la situación social y cultural e, inclusive, del sexo de los individuos. Ya Aristóteles se refería a este buen o mal uso de la razón, distinguiendo al hombre, racional por excelencia, del esclavo o bárbaro y de las mujeres y los niños. Éstos son también hombres, poseedores de la razón, pero en un grado limitado. Homúnculos, hombrecillos, menos que hombres. De allí que esté bien que el más sabio mande sobre el que sabe menos. Lo accidental en esta filosofía es, precisamente, lo que concretiza al hombre; lo esencial es la razón que da sentido al hombre en general, pero no al hombre en concreto. Es por lo concreto que el hombre va a ser más o menos hombre que otros hombres. Porque el hombre capaz de hacer buen uso de la razón es más hombre que el que no posee esta capacidad. Así, lo que era accidental va a resultar determinante en esta afirmación de humanidad. Todos los hombres son iguales por la razón, pero dicha igualdad no va a depender ya de la razón, sino de lo somático, de la naturaleza y de la situación social y cultural del individuo. El hombre que no hace buen uso de la razón es inferior al que tiene esa capacidad. Pero hay algo más. El hombre incapaz de hacer de la razón instrumento del dominio de la naturaleza, acaba siendo parte de la naturaleza. Es razón pero razón natural, esto es, inconsciente y, por ello, incapaz de autodeterminarse, de ser libre. Un hombre tal no puede, por lo mismo, formar parte de una sociedad de pares entre pares, de iguales entre iguales. No puede estar en otra relación que no sea la de dependencia, de encomendado de la colonia o del colonizado de los últimos tiempos. Determinación que abarcará, no sólo a un hombre o grupo de hombres, sino a pueblos y naciones enteras. El *logos* magistral de

la antigüedad se expresa ahora como *logos* imperial, colonialista. Es el mismo *logos* que pone a su servicio a la naturaleza y con ella al hombre natural, razón natural y a quienes la expresan, individuos y pueblos.

Es frente a este discurso magistral, totalitario, dominador e imperial, que esta nuestra América necesita afirmar su derecho al propio discurso, a su expresión regional, pero no por ello menos racional que el discurso magistral. Discurso regional que es la contrapartida del *logos* totalitario. Es en la América Latina en donde se ha reclamado con mayor insistencia el derecho a la participación en un discurso que ha de ser multi-racial y multi-cultural. El filósofo estadounidense Michael A. Weinstein ha destacado la presencia de este discurso pluralista en la América Latina y en el Canadá. En esta nación ha sido el filósofo George Grant, en obras como *Lament for a Nation: The Defeat of Canadian Nationalism*, quien ha hecho expresa esta preocupación, coincidiendo con diversas expresiones de la filosofía latinoamericana de los últimos tiempos. Se defiende el derecho a disentir, a expresarse de otra forma que la establecida por el discurso magistral. La razón, el *logos*, no es lo unívoco, sino la razón a través de la cual pueden comprender y hacerse comprender los hombres sin renunciar a sus peculiaridades. La razón como abstracción es sustituida por la razón como expresión del hombre concreto. Se concilia la desigualdad en la igualdad. La igualdad no sólo por la razón, sino centralmente por el peculiar y concreto modo de ser del hombre, el propio de todos los hombres.

Por ello, es ampliando y corrigiendo a Descartes, quien sostenía la igualdad de los hombres entre sí por la razón, que se deberá ahora afirmar la igualdad de los hombres por su diversidad. Porque cada hombre, como cada pueblo, son peculiares, diversos de otros hombres y pueblos, pero no por eso menos hombres. Cada hombre, como cada pueblo, posee una peculiaridad, una individualidad, una personalidad. Personalidad que es esencial al hombre, ya que es lo que hace del hombre un ente concreto. Concreto pero dueño de una razón que le permite comprender y hacerse comprender por otros hombres, igualmente peculiares. Al comprender y hacerse comprender, se hace expreso un *logos* que no es ya el *logos* magistral. Es un *logos* múltiple, abierto a la pluralidad de lo humano. El *logos* que es también diálogo, enlazando a los hombres entre sí, pero sin subordinar unos a otros.

Es éste un filosofar en las antípodas del discurso magistral originado en el Viejo Mundo. Un filosofar que ha surgido en este nuestro continente, en América, como reacción al *logos* como dis-

curso magistral y totalitario que ha dado origen a guerras, represiones y genocidios. Un filosofar ya viejo en nuestra América, que ha tenido que luchar a lo largo de su historia por subvertir el dominio impuesto. Un filosofar en pugna contra el *logos* totalitario, en nombre del cual Hegel condenó a la América en conjunto por no ser otra cosa que eco y sombra del mismo. Ha sido frente a este filosofar totalitario que la América, tanto la sajona como la latina, reclamó el derecho a la propia expresión en un contexto continental de solidaridad y no de dependencia. Una sola gran América, desde Alaska hasta la Patagonia, que, sin dejar de ser América, pueda hacer expresa su multiplicidad, la pluralidad de sus expresiones. Una América multicultural y mestiza. Dentro de esta filosofía es que tiene sentido preguntarse sobre la posibilidad de un filosofar como instrumento de comprensión interamericana y universal.

Hace ya algún tiempo que se planteó en América Latina el problema de la existencia o posibilidad de una filosofía propiamente americana por sus orígenes y por su peculiar problemática. Preguntar ontológico, como lo fue el preguntar por el ser en la filosofía de la antigua Grecia. La pregunta por lo permanente en medio del cambio, de cuya respuesta dependía y depende la existencia del ser, o la identidad del que pregunta. La vieja pregunta por lo que hace del hombre un hombre. La pregunta por el ser del hombre de la región en relación con otros hombres. Preguntar ontológico frente a las pretensiones de otros hombres por hacer de su peculiar identidad, modelo, piedra de toque de lo humano por excelencia. Un filosofar surgido de las peculiares circunstancias que la región plantea como algo primordial, el diálogo, la mutua comprensión. Un filosofar que al mismo tiempo que permite definir la propia identidad, puede también ser capaz de comprender otras expresiones de lo humano; comprender las múltiples expresiones de un ente que no es unívoco, sino múltiple. Se aspira aquí a la comprensión que abarque la totalidad del Continente sin menoscabo de las concretas expresiones de sus hombres y pueblos. Es, precisamente, de la capacidad para comprender y hacerse comprender, que depende ese original filosofar que no es exclusivo de los americanos, sino que es y ha de ser esencial a todos los hombres y pueblos. Será a través de este filosofar que la vieja preocupación universalista de la filosofía pueda ser hecha realidad. Una verdad universal, no magistral, que para serlo, ha de poder comprender las múltiples expresiones de lo humano. Lo universal sí, pero como suma de las múltiples expresiones del hombre.